

EPISODIOS NACIONALES

# Vistas olímpicas

Natalia Carrero



BCN'92



NATALIA CARRERO

# Vistas olímpicas

Acordeón de 12 postales barcelonesas



Colección Episodios Nacionales

Lengua de Trapo

Primera edición, junio de 2021

© del texto Natalia Carrero

© Editorial Lengua de Trapo

Calle Corredera Baja de San Pablo 39

28004 Madrid

Colección Episodios Nacionales

Directores de colección: Jorge Lago y Manuel Guedán

Diseño de colección: Alejandro Cerezo

Diseño de cubierta y maquetación: Alicia Gómez ([malisia.net](http://malisia.net))

[www.lenguadetrapo.com](http://www.lenguadetrapo.com)

[ldt@lenguadetrapo.com](mailto:ldt@lenguadetrapo.com)

ISBN: 978-84-8381-276-1

Texto publicado bajo licencia Creative Commons. Reconocimiento —no comercial—. Sin obra derivada 2.5. Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente por cualquier medio, siempre que sea de forma literal, citando autoría y fuente y sin fines comerciales

# Licencia para escribir

Esta voz narradora siempre ha tenido conflictos de identidad y tendencias escapistas radicales, instintos suicidas consumados pero fallidos, reincidentes ganas de escapar de sí, del mundo y de cualquier concreción. Se niega a decir quién es. No está interesada o no quiere conocer ni propagar su identidad, ni la verdadera ni las falsas. Al fin y al cabo, en lo que respecta a la escritura (al menos la que aquí nos ocupa sin por ello preocuparnos lo más mínimo) ese dato abstracto y aislante, la identidad, es capaz de mentir y camuflarse, interrumpirse, expoliar textos de obras magnas en sus ediciones canónicas y, en los últimos tiempos, tal vez debido a una suerte de pereza relacionada con el desgaste y la pérdida progresiva de valores, memorias y otros dislates, incluso se dedica a copiar, cortar y pegar directamente de la red.

Advertencia o crasa confesión: el *wikipeding* como práctica de navegación que no contempla horarios, pues esta es la vida en una ubicación saturada de ondas wifi, resultará evidente a lo largo y ancho de estas páginas como sin ton ni son, repletas de aliteraciones, equívocos nada impostados y cuestiones de suma importancia bien soslayadas, para que podamos entendernos y confluir.

Muy bien, queda claro que la voz que narra o que mejor dicho no termina de narrar prefiere lo escurridizo, se niega

a señalar sobre quién recaería toda responsabilidad derivada del texto.

Al mismo tiempo resulta evidente que detrás, o mejor dicho delante de estas palabras tecleadas, ha habido una entidad humana que las concibe. Esa incógnita sería la responsable de cada acierto o despropósito. A esa persona deberían dirigirse preguntas tales como: qué implicaciones tiene con lo que cuenta, para qué lo cuenta tal como parece que lo está intentando contar mediante la selección de determinados semas, el descarte de otros que nunca se sabrá y una combinación resultante de tal guisa y no otra.

En fin, desde dónde lo cuenta, y por qué tanto cuento.

Y qué quiere o pretende al requerir la atención por parte de, como mínimo, una entidad interlocutora, tú, y tú, y de cuantos pasen por aquí y lean o echen un vistazo a este centenar de páginas, pluralidad sin la cual acaso nunca quedaría completada la función más generosa de este texto de encargo: la entrega desinteresada. Tomad y leed, letras de mis frases, emociones de mis corazones, ideas de mis vidas. Y a ver qué hacéis con lo que leéis.

Sí, soy yo y, por extensión, somos todas las personas, responsables de nuestros actos y renuencias.

Como autora, insisto, preferiría difuminar mi nombre hasta su disolución en el anonimato, hermanándolo con otras vidas que tendemos a ignorar por transcurrir en otras frecuencias, que acaso fluctúan entre desesperaciones más silenciosas. Preferiría mantener la distancia que he ido adoptando al avanzar en la estrepitosa redacción de estas *Vistas Olímpicas* que, unidas, conformarían una de esas

tiras o acordeones de postales destinadas a la venta en el quiosco, el estanco, la tienda del museo o de recuerdos de última hora del aeropuerto (cuando había libre circulación peatonal sin distancia de seguridad, sin mascarilla obligatoria ni señalética de entrada y salida). Si tuviera que añadir algo más acerca de o en torno a mí y mis condiciones de escritura, antepondría al nombre que ahora callo por tercera o cuarta vez mi esquizofrenia paranoide. Experimenté mi primer brote el mismo día a la hora del crepúsculo en el que detonó la noticia: los Juegos Olímpicos de 1992 se celebrarían en la ciudad que me había visto nacer y crecer un poco del revés, para qué negarlo, pues de mí asomaron a la vida primero los pies y el silencio. Colgada boca abajo, según me fue contado tantas veces hasta la exageración, hubo que azotarme bastante para que irrumpiera el medio grito medio llanto de apertura a la vida.

En esta brevedad de confesionario residiría la clave de sol en la que tal vez debiera de leerse el presente trabajo. Cómo decirlo. Un poco por ahí me quedé, en esa etapa vital me extravié, zona casi mutada en mito que desde un presente de asombro pandémico concibo noctámbula, triste y oscura, pero con sus ráfagas de luz y flashes cegadores.

Me fundí entre una multitud eufórica que inundó las calles de banderas y banderines, flautas y pitos, serpentinas y confetis, causas y motivos de todos los colores, tantas variedades y puntos de fuga que me resultaron de súbito incomprensibles, todas las diversidades aunadas bajo la consigna del deporte que todo lo cohesionaría, paz y amistad y toma una pastilla. Alguien me dio algo que

acepté sin dudar. Se vitoreaba y aseguraba que ya nada sería igual, estábamos haciendo historia, yo también estaba haciendo historia aunque no me enterara del calado o del engaño de nada. Por ahí quedó y a ratos aún puedo verla pulular, fulgor y temblores, mi particular juventud introvertida, irregular y abruptamente extrovertida por momentos, con demasiados problemas de resolución y de encaje de las contradicciones y contrastes sin los cuales, según se acaba advirtiendo más tarde que temprano, cada cual a su ritmo, el mío es ritmo lento, la película de la vida quedaría como desleída, pobre en el sentido de escasez. Pero yo entonces nada sabía ni entendía de matices, como si cierto minimalismo de la época mal comprendido por todos sus ángulos rectos se me hubiera instalado en la mente y solo percibiera las cosas desde el menos es más, una sobriedad que en mi caso también adoptaba casi monacalmente el sentido de pobreza, escasez. Come poco, piensa poco, haz poco, vive poco, fueron por un tiempo las consignas. Y así me fue.

Armada de tozudez he querido creer que el instante de un viernes de 1986 lograré explicar, seguido de un gran alborozo por las calles (sé que repito), así como por mis venas y neuronas, es mi motivo o licencia para escribir.

Aunque a estas alturas de mi edad madura y mi estabilidad material no debería pedir permiso para cada cosa que emprenda, ya he vuelto a caer en este mal menor. Iba a escribir *mar* menor.

A continuación hablaría de la experiencia de nadar en mar abierto, el agua que de pronto se traga de manera involuntaria, la oscuridad del fondo, la complejidad de la

coreográfica respiración del estilo libre, en el 92 y antes más conocido por crol. En inglés se escribe *crawl*, aprendíamos al ver de resaca las competiciones desde el sofá o el bar. Las pantallas de televisión emitían lecciones gratuitas del idioma que abría ventanas al mundo que ya desde que nacimos se nos vendió como el más poderoso.

De momento lo dejo así, a pesar de los errores. He aquí mi dislexia al descubierto, mi otra disfunción de menor impacto reconvertida en funcional, qué remedio, para llegar a transmitir algo más que 80.000 letras de viaje superficial por ese pasado que en tantos aspectos fue la mar de pesado con sus mentiras, secretos y silencios. Tomad y leed, palabras de mis neuronas. Por todas vosotras y para todas vosotras.

*Escrito durante el primer confinamiento del año 2020 en buenas condiciones de salud y de ánimo así como materiales. Aunque más de una vez perdí los nervios.*



# 1. Vista general.

## *Saben *aquell que diu**

Imaginó un conjunto de textos que construyeran sentido, desprendieran el aire de cierta época saturada de fastos y aventuras, planes de futuro siempre mejor y ediciones especiales de diseños en plena proyección supervalorada desde todos los escaparates y otros espacios adaptados para la publicidad que entonces aportaba grandes beneficios de manera algo desproporcionada, incluso obscena. Sillas, mesas, estanterías, arcones y baúles, lámparas y focos, jarras y jarrones; soportes de libros, de puertas, de cuadros; macetas, percheros, paragüeros; un cenicero con forma de cactus, dos muñecos de plástico abrazados que conformaban un salpimentero poco estable; una escoba con dibujos inspirados en la obra de Keith Haring, artista de la ola del sida cuya muerte temprana señalaría como icono representante de cierto relato que aún sigue encandilando: «Vida surgida en los márgenes, tuvo que vender su cuerpo en todos los sentidos hasta alcanzar el cenit, las cotas más sospechosas del arte contemporáneo, y de pronto quedar interrumpida».

A diario abrían estudios de diseño gráfico receptores de encargos para crear, renovar o promocionar una marca con su correspondiente logo destinado a reproducirse en todos los tamaños y formatos, sobre todas las superficies y para todas las miradas de la clientela. Adhesivos, pines, llaveros, *flyers*, carteles, tarjetas. La silueta en miniatura de la